

## Sesión necrológica

en memoria del Excmo. Sr. Dr.

**D. José María López Piñero**

celebrada el 2 de diciembre de 2010

*Carlos Ferrándiz Araujo\**

Académico de Número de la R. Acad. Med. y Cir. de Murcia

### JOSE MARÍA LÓPEZ PIÑERO, SU TRAYECTORIA HUMANA

EXCMO. SR. RECTOR MAGNÍFICO DE LA UNV. DE VALENCIA;  
HONORABLE SR. CONSEJERO DE EDUCACIÓN DE LA C. VALENCIANA;  
EXCMO. SR. PRESIDENTE DE LA REIAL ACADÈMIA DE MEDICINA DE LA C. VALENCIANA;  
EXCMOS. E ILMOS. SRES. ACADÉMICOS;  
EXCMO. SR. PRESIDENTE DE HONOR DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE MURCIA;  
EXCMA. SRA. DÑA. M<sup>a</sup> LUZ TERRADA FERRÁNDIS E HIJAS;  
SEÑORAS Y SEÑORES:

El día 8 de agosto pasado se produjo el inesperado e irreparable óbito del académico e insigne figura de la historiografía médica española el profesor José María López Piñero, mi maestro, mi paisano, mi amigo.

Mi maestro, mi auténtico maestro, pues como entendía tal acepción –uno de sus magísteres-, Laín Entralgo, el verdadero maestro es el que enseña a sus discípulos a trabajar y les orienta en cuanto a la elección de los temas para su trabajo. Y él, consejero y guía, lo hizo así conmigo, me adiestró en las nuevas técnicas metodológicas de la investigación de la historiografía médica y me incitó tenazmente a la búsqueda de asuntos y contenidos.

Mi paisano, mi entrañable e ilustre conterráneo, de ese ancestral y fértil paisaje y paisanaje murciano, del que salieron en todas las épocas sabios, inventores, intelectuales, descubridores, genios militares, literatos, artistas, muchos compartidos con el antiguo reino valentino.

Y, Mi amigo, mi querido y fraternal amigo, hermandad fraguada en el yunque del trabajo continuado y *bien hecho* –como le gustaba a él- que pronto se convirtió en *el oficio mayor del alma* y que indudablemente fue –como definía Montaigne- el último extremo de la perfección en las relaciones que ligan a los humanos.

Todo ello justifica, en parte, mi modesta y breve, pero afectuosa, intervención en esta solemne sesión necrológica, a instancias de la bonhomía del Excmo. Sr. Presidente profesor Antonio

Llombart Bosch y de los miembros de la Junta de Gobierno de la Academia, a quienes quedo totalmente reconocido. Pero séame permitido confesar que si hay algo en mi vida que conscientemente nunca hubiese deseado hacer es este panegírico con motivo de la partida de José María para la Eternidad, que nos ha sumido a todos- familiares, compañeros, amigos... -en un hondo dolor que se escapa a borbotones por nuestras almas. De ahí, que para no aumentarlo más, había formado el firme propósito de no escribir artículo alguno que pudiese hurgarnos en tan fresca, abierta y profunda herida, apoyándome intencionadamente en lo reacio que él era a cualquier homenaje y reconocimiento, mas reflexionándolo había de venir –como él hubiera asistido en caso contrario- porque la oposición entre el sentimiento de dolor y placer es artificiosa en demasía, como decía el alcacereño, también murciano-valenciano, profesor Alberca Lorente. Porque hay en todo placer un dolor futuro y un oculto placer en todo dolor actual.

Y si es verdad que mi alma se lacera en estos instantes por el recuerdo del maestro, paisano y amigo entrañable, es igualmente verdad que este sentimiento, que esta amargura, es ya mi dolor cotidiano y que solo en estos momentos me es permitido hablar sobre su vida, que es como borrar la huella de su muerte, como creer que no ha muerto todavía, como sentir su vida apacible en un instante, en un momento, y su muerte muy distanciada, como cuando él vivía aquel episodio. En fin, que es preciso comentar su vida para no pensar en su muerte, porque cuando me olvido de su vida es la amargura de su muerte lo que me lleva a la triste y cruda realidad.

Realidad, existencia, pues, que pretendo lenificar, aliviar, como ahora, evocando y rememorando su legado que, siendo tan importante y tan abundante como académico, docente, investigador, profesional, creador, innovador..., me van a permitir que me centre en lo que considero que fue igualmente tan sobresaliente como su propia trayectoria humana, indisoluble sin embargo, de las demás.

José María López Piñero, nació el 14 de junio del año 1933 en Mula, en la calle general Valcárcel nº 14, siendo bautizado en la iglesia de Santo Domingo de Guzmán, donde también tomó la primera comunión y se habían casado sus padres Leandro López Bayon y Carmen Piñero Jiménez. Al poco tiempo pasó a Alicante y después a Alcoy, en donde una afección pulmonar le mantuvo a reposo durante un lustro no pudiendo comenzar los estudios de bachillerato hasta los once años. Ya en Valencia, influenciado, entre otros motivos, por la lectura de la obra *La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo*, estudió Medicina fundando enseguida el Cine Club Estudio, junto a su compañera de curso María Luz Terrada Ferrándis, de la que ya no se separaría jamás, teniendo cinco hijas, María Luz, María del Carmen, María Dolores, María José y Eva, formadas formidablemente en un proyecto común, tanto doméstico como científico.

Marcado intelectual y moralmente por Ignacio Valls durante su periodo de colegial mayor en “San Juan de Ribera” de Burjasot, enseguida se interesó por la obra de Pedro Laín Entralgo, a raíz de un curso en la Universidad de Santander (1955), lo que le hizo consagrarse profesionalmente a la Historia de la medicina, formándose después con Leibbrand (Munich), Steudel (Bonn), Akerknecht (Zurich) y ganando la cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia 1969.

En un ambiente de estudio donde no existía la saciedad -parangonando a Erasmo- éramos en su cátedra, allá en los altillos de la fachada de la Facultad de Medicina de Valencia, un grupo primigenio compacto, a su lado, en que muchos aprendimos a dudar, a ignorar, a preguntar, a equivocarnos, a rectificar, es decir, aprendimos en suma a investigar. María Luz Terrada, Luís

García Ballester, Pedro y Elvira Marset, Emilio y Rosa Balaguer, Francisco Bujosa, Guillermo Olagüe..., luego, brillantes catedráticos en diferentes Universidades españolas, al que posteriormente se agregarían muchos más formando un gran equipo y una excelsa escuela. Bajo su dirección se formaron catedráticos, profesores, investigadores de Historia de la Medicina y de la Ciencia Española y especialistas de Canadá, Colombia, Estados Unidos, México, Suiza y Uruguay. Dirigió casi cien tesis doctorales, varias en Universidades extranjeras, y más de un centenar de tesis de licenciatura.

Si López Piñero pertenece –como es manifiesto- a la escuela de Laín, que tantas aportaciones originales desde España ha hecho a la Medicina de nuestro tiempo, también él ha creado una *nueva escuela* en virtud de sus novedosos enfoques histórico-médicos, de sus modernas técnicas de investigación, del tratamiento personal de la historiografía, de la epistemología y de la bibliografía. Escuela verdadera con una pujanza incansable de él y de sus colaboradores, unos cercanos en el espacio: “los de dentro”; otros distantes en diversas ciudades españolas y extranjeras: “los de fuera”; que bajo su dirección seguían rindiendo frutos, más si cabe, en la etapa venturosa de jubilado, en la que continuaba subiendo cuando había llegado hacia tiempo a lo más alto y en la que *el saber es la parte principal de la felicidad*, al decir de Sócrates. “*Los de dentro*” y “*los de fuera*”, todos, formamos la Escuela de López Piñero, seguidores de su doctrina, y si valoramos su admirable obra, todavía apreciamos más su amistad por la manera y constante preocupación por orientarnos, por la entrañable forma de acogernos, por llamarnos a la hora más insospechada para comunicarnos la resolución de cualquier incógnita que le habíamos planteado, en suma, por enseñarnos continuamente a amar el estudio.

La producción científica de sus obras ha resultado inconmensurable –casi doscientos libros además de artículos y colaboraciones- no siendo dable ni siquiera señalar las principales, las de mayor impacto, lo que ha corrido a cargo de otro académico.

Ciudadano del mundo, sin embargo, el profesor López Piñero nunca olvidó sus raíces. Constantemente guardó un recuerdo entrañable para su tierra muleña y sus tradiciones, como la de su patrón el *Niño Jesús de Mula*, a quien dedicó un sentido y doctísimo pregón (2008), y que iconográficamente presidía su mesa de despacho, su mesilla de noche, el hall de su casa... Siempre que podía volvía a su ciudad -aunque ya casi no le quedaba familia- que le nombró *hijo predilecto* correspondiendo, entre otras cosas, con una colección de sus obras para la biblioteca pública.

La relación con nuestra Academia, la bicentenaria Real Academia de Medicina y Cirugía de Murcia, también fue fructífera. Solo señalaremos como paradigmas tres hitos: la congratulación y felicitación plena de júbilo que le dirigió cuando accedió a la cátedra de la Universidad de Valencia (1970), el nombramiento como académico correspondiente en cuyo acto disertó sobre *Medicina y Ciencias Sociales* (1971) y la culminación como académico de Honor, de cuya plaza tomó posesión con el magistral discurso sobre el cartagenero-valenciano *Amalio Gimeno Cabañas, adelantado de la Medicina experimental en España* (2004), y que tuve el inmerecido honor de precederle con la *laudatio*.

Esto último incentivó más, si cabe, su compromiso con Murcia. Quiso que colaborase con él en varios proyectos que se materializaron enseguida, a fuer de *trabajadorcicos* –como él decía-, en sendas publicaciones: *La Medicina en las Etyimologías de San Isidoro*, y *Bibliografía histórica de la Medicina Murciana* (2008), editadas por la Academia de Murcia. Así como en la reedición de la

novela histórico-médica *Un habitante de la sangre*, de Amalio Gimeno Cabañas, con introducción suya (2006). Y otros ambiciosos planes que han quedado lamentablemente inconclusos. No así dos obras, en prensa, por su parte, sobre Historia de la Medicina Mundial y acerca de la Historia de la Medicina en España, que a cargo del Ayuntamiento de Valencia pronto verán la luz.

Afincado en Valencia, donde desarrolló toda su labor y ejerció su magisterio, se convirtió en un verdadero valenciano hasta el extremo de ser nombrado *hijo adoptivo* y denominar con su nombre el *Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia*, creado por él, centro mixto dependiente del Consejo Supremo de Investigaciones Científicas y la Universidad de Valencia. Así como concederle la Medalla de Oro de la Comunidad Valenciana.

Él continuamente se consideraba y declaraba, no obstante, como *un murciano de afuera*.

Sus discípulos formamos todos la Escuela de López Piñero, y continuamente nos consideró ante todo sus amigos con una especial cercanía que nos hizo apreciar muy profundamente la amistad y el cariño de que hemos sido objeto por su parte, sintiéndonos muy felices y agradecidos por la manera y constante preocupación por atendernos, por la entrañable forma de acogernos, por enseñarnos continuamente el valor de la perseverancia, del sacrificio, del estudio.

Nos conocía a todos desde las profundidades de la Historia, sabía entendernos y nos cubría con su honda y vasta humanidad, no se equivocaba. Su humildad sin límites, su falta de afectación, personificó plenamente la ausencia de vanidad. Algo muy difícil en un personaje como él distinguido siempre: desde sus matrículas de honor en todos los cursos de bachillerato y premio extraordinario en el examen de Estado, continuado con las veintitrés de la carrera y el de doctorado, pasando por múltiples nombramientos y honores de Sociedades científicas y civiles, hasta la admisión en varias Academias.

Si algo le alteraba, por el contrario, era el falseamiento de la historia, su manipulación, las *cabalgadas pseudohistóricas* –más las de algunos intelectuales, legos en historiografía médica–, la pésima utilización del lenguaje, el ensayismo irresponsable... También le exasperaba la falta de valores de la sociedad actual, el relativismo moral, las corrientes ocultas, como algunas procedentes del judaísmo o de los calvinistas.

Su ideario religioso, de gran elegancia espiritual, se basaba en hondas raíces cristianas siendo un hombre de enorme talante liberal comprometido con los valores esenciales de izquierdas. Tolerante, comprensivo, transigente, clarividente, dotado de una bondad innata, cariñoso en extremo, ingenioso, bromista e irónico en ocasiones, hospitalario, y con un entrañable carácter fuerte, a veces... que nos inundaba de paz, tranquilidad y ciencia a todos cuantos nos acogía últimamente en el *santa sanctasanctorum* de su casa para trabajar con él y comunicarnos lo mejor de su experimentada vida.

Recuerdo sus emotivas conversaciones telefónicas, cuando no podíamos vernos, y las irónicas consideraciones a su *envejecimiento* que me hacía. Guardo como preciada memoria de nuestras relaciones misivas suyas –escritas en fichas de trabajo y a lápiz– relativas a las investigaciones que llevábamos entre manos, y, también personales, que reflejan y prueban las cualidades anteriores.

Trabajador incansable, infatigable, casi compulsivo e ilusionado siempre, hasta sus últimos días, en que apenas dormía ni salía, llevando adelante varias investigaciones a la vez. Porque era de la opinión de que terminar un trabajo era morir en poco y se apresuraba –en sus ansias de vivir– a comenzar otros. López Piñero era un hombre siempre descontento de sí mismo que pedía a su organismo, cada día y cada noche, un esfuerzo nuevo.

Para ello se necesita tenacidad, constancia, esfuerzo y voluntad, virtudes tan arraigadas en él, que ha intentado inculcarlos a todos. El amor al trabajo, a la enseñanza y su dedicación constante unidos a su superior inteligencia –que no es una cosa que se tiene sino una cosa que se es– dan como resultado la figura intelectual que nos cupo el honor de tener como maestro; y yo, en particular de disfrutar de su vasta sabiduría, de su fuerza moral y de su férrea disciplina de espíritu en esta postrera *etapa serena y luminosa de su existencia* –palabras con las que le dediqué mi reciente libro todavía no presentado–. De esta manera, año tras año, día tras día, iba sobreponiéndose a su mala salud de hierro.

Aún así, tomó posesión de su sillón de la Real Academia de la Historia con un discurso bellísimo y amantísimo sobre Laín Entralgo, cuyo respeto y fidelidad a su figura, le habían llevado, por el contrario, a no aceptar alguna otra propuesta semejante.

Concitó la admiración de todos. Desde la de las múltiples generaciones de sus alumnos, que lo eligieron como el profesor más cercano, pasando por la de sus discípulos, compañeros y científicos internacionales hasta la de la más alta magistratura del Estado.

Mas esta trayectoria humana ha estado acompañada indisolublemente por el resplandor, la claridad, la inteligencia y la sabiduría de la académica y catedrática de Documentación Médica de la Universidad de Valencia profesora María Luz Terrada Ferrándiz, su amantísima esposa y compañera, que ha iluminado siempre, durante tantas décadas, el universo de López Piñero renunciando, bien es verdad, a muchas cosas por estar continuamente a su lado, lo que él invariablemente reconocía y admitía apasionadamente.

Sentir, amar, sufrir y sacrificarse han sido las virtudes reservadas de ella que, junto con su templanza, moderación, eficacia y excelencia, justo es decirlo, ha hecho posible el hermoso y largo camino en común; dueto intelectual, espejo de dos caras en que se reflejaban ambos, el uno en el otro, engrandeciendo y proyectando, más si cabe, sus incomparables obras científicas.

Honremos, pues, la memoria del académico, del científico, del profesional, pero también la del hombre, la del verdadero hombre que es el que está escondido –como decía Víctor Hugo– detrás del hombre y que con mis mal hilvanadas palabras he intentado darlo a conocer un poco más, en gratitud que por su vida y obra todos los españoles debemos a la excelsa imagen del profesor José María López Piñero, calificado por Laín Entralgo como la primera figura mundial de la disciplina, referente científico y universitario primordial.